

# Elena Garro

en *Los recuerdos del porvenir*

## RENÉ AVILÉS FABILA

Alrededor de 1964 ó 1965 conocí a Elena Garro, la recuerdo bien porque acababa de dar un gran salto: de esposa de poeta a narradora privilegiada gracias a *Los recuerdos del porvenir*, de dramaturga notable a novelista extraordinaria, en 1963. De pronto le brotaron alas y comenzó a volar muy alto: ese milagro, quizá le costó la felicidad. Parménides García Saldaña, otros amigos y yo bebíamos en la embajada cubana entonces junto a la soviética. De pronto el primero señaló a una mujer que vestía informalmente: esbelta, distinguida y muy hermosa. Conversaba junto a la chimenea de la casona con el embajador. Eran tiempos difíciles para la naciente Revolución Cubana. Sin mayores titubeos, Parménides se acercó a la mujer que resultó ser Elena Garro. Lo acompañamos y ya frente a ella sólo le dijo algunas palabras de admiración y nos regresamos a beber en un rincón, entre entusiastas intelectuales que se hacían pasar, como hoy, por izquierdistas de salón. No volví a verla, pero supe la historia de sus vínculos con Carlos Madrazo, sus relaciones con organizaciones campesinas y su conflictivo contacto con el movimiento estudiantil de 1968. Luego se perdió perseguida tanto por el gobierno de Díaz Ordaz como por los intelectuales izquierdistas mexicanos y por los amigos de su

ex esposo Octavio Paz. No puedo olvidar que Carlos Monsiváis, para ironizarla, en uno de sus afamados artículos la llamó “la cantante del año”, afirmando con ello que era una soplona que había delatado a los héroes del 68, hoy, en su inmensa mayoría, convertidos en burócratas y en activistas de la nostalgia.

Mucho tiempo después, supe que un estimado amigo mío, Marco Aurelio Carballo, había trabado amistad con Elena Garro y Helena Paz en Madrid, de donde provenían historias inquietantes: Elena mendigando para sobrevivir, Elena amiga querida de Bergamín, Elena peleando con Jorge Semprún, Elena criticando al comunismo, Elena por completo distanciada de Paz y su infaltable círculo de aduladores, Elena buscando al embajador Gustavo Díaz Ordaz para arrojarle en su cara el desprecio por las persecuciones padecidas, Elena escribiendo intensamente para vivir, Elena peleada con el “tout Mexique” a causa de su doble separación: de Paz y de la izquierda mexicana, tan enigmática y oportunista ayer como ahora.

Finalmente ambas Elenas encontraron relativo reposo en París, su ciudad favorita y lograron no sé por qué milagros habitar un amplio y oscuro departamento en el barrio 16. De regreso de un largo viaje a Alemania, dentro de un grupo de escritores mexicanos, me quedé unos días en París. ¿Por qué no telefonearle a Elena Garro?, me pregunté con excesiva audacia. Cuando al fin me atreví: me contestó una voz que rápidamente pasó del francés al castellano. Así que eres un escritor mexicano, no me digas, si ya he leído libros tuyos. Al día siguiente Rosario y yo cenamos con Elena y Helena y comenzó una amistad cuyos resultados aún no he logrado valorar. Como algunos recordarán, José María Fernández Unsain, Emilio Carballido, Rosario Casco Montoya y yo fuimos los que decidimos traerla a su tierra pensando en que aquí podríamos ayudarla más. Rosario y Carballido fueron dos veces a hablar con ellas y al fin retornaron a su patria. Las recibimos en

Guadalajara y de allí recorrimos varios estados. Su reencuentro con México a primera vista pareció maravilloso, a la larga sería costoso. Aquí comenzaron los desencuentros y entre quienes la querían y apoyaban se colaron un montón de malos periodistas que se aprovecharon para que ella hiciera un sinfín de declaraciones absurdas o para distanciarla más aún del círculo todopoderoso de Octavio Paz. No sólo ello, sólo logramos lo suficiente para que las dos Elenas se acomodaran en un departamento miserable, sin aire acondicionado, en Cuernavaca. El único medio económico para subsistir eran las regalías de sus libros y una beca del Sistema Nacional de Creadores



Clément

concedida a regañadientes por la burocracia cultural.

Su departamento se convirtió en la meca de mediocres y resentidos y de muchos que aprovechaban la facilidad con la que ambas hacían declaraciones para fabricar libros sin ningún valor. Al fin Elena Garro murió, un poco después de Octavio Paz, en su horrible albergue, rodeada de gatos y con una hija, Helena Paz, que mostraba signos evidentes de desequilibrio. El funeral del primero correspondió a un jefe de Estado. El mismísimo presidente de la República fue quien anunció su fallecimiento, mientras que la noticia de la muerte de la mejor escritora que ha dado México luego de sor Juana Inés de la Cruz, circuló casi clandestinamente en las poco leídas secciones culturales de los diarios.

Antes de morir Elena Garro, fuimos invitados un grupo de sus amigos para develar una placa con su nombre en la casa que habitó en Iguala cuando era pequeña y hacer una mesa redonda sobre su trabajo. A los escritores

se había sumado la actriz Pilar Pellicer quien siempre ha mostrado una admiración por la narradora. En vano la esperamos: ninguna nos acompañó, Elena Garro estaba ya muy delicada, vivía con oxígeno artificial y Helena Paz también resentía larga carrera acompañando a su madre y a sus gatos en la huida, como en *Andamos huyendo, Lola*.

A Margarita León la conocí en esa ciudad, si mal no recuerdo, la desmemoria comienza a quitarme trozos de recuerdos, le publiqué en *El Búho*, entonces suplemento cultural de *Excelsior*, algunos de sus trabajos sobre Elena Garro. Ello significa que Margarita lleva años escribiendo sobre esta formidable narradora. Ahora nos entrega un libro hermoso, agudo, inteligente, muy reflexionado sobre *Los recuerdos del porvenir: La memoria del tiempo*. Esta obra comienza a llenar el vacío injustificado que la obra de Elena Garro tiene a su alrededor.

Margarita León se introdujo en la carne, la sangre, los nervios, el corazón y el espíritu de la obra, consiguió un análisis riguroso cuyos resultados podemos apreciar claramente, gracias a un estilo cuidado y directo. Aunque es el de un especialista, no llega a ser una obra que presente grandes dificultades a los profanos. La autora poco a poco nos va descubriendo el mundo cultural e ideológico de Elena Garro, cuáles son sus lecturas, cuáles su principales pensamientos. Es una exploración por la vasta cultura de Elena Garro, a través del análisis de una novela compleja y afortunada. La Revolución Mexicana y las acciones cristeras (que asimismo dejaron una larga secuela que apenas hoy descubrimos), el vasconcelismo, el anarquismo de Flores Magón, las luchas de Zapata y las acciones memorables de Felipe Ángeles, como antecedentes de *Los recuerdos del porvenir*, una novela construida sobre personajes existentes e irreales, como Elena Garro le confiesa a Helena Paz, según cuenta esta última en sus voluminosos recuerdos publicados recientemente. Un libro no apreciado por la propia autora. “Era extraño –narra la hija en *Memorias*–, pero mi madre menospreciaba su extraordinaria obra. ¿Algo o alguien le había hecho dudar de su valor literario, o simplemente era la humildad?, me recordó a Ernest Jünger cuando afirmaba que le daba más importancia a su colección de escarabajos que a toda su obra.” Yo recuerdo a Elena Garro diciendo que sus comienzos literarios fueron muy difíciles, con obstáculos familiares; en otros momentos me decía que Paz había sido su creador literario. Nunca supe con exactitud la razón del desconcierto inicial, de sus dudas y titubeos. Desde el principio, como Juan José Arreola, arrancó segura de su oficio. Sus primeros cuentos y piezas dramáticas, son en verdad ejemplares y todos dignos de severas antologías. Fue una niña culta, dice su única hija, no cualquiera le pone a sus árboles favoritos Roma y Cartago. Por último, si hemos de recordar a la Elena

Garro joven, recién salida de la adolescencia, aunque ya casada con Octavio Paz, habrá que leer sus *Memorias de España*, un libro donde destaca una niña inquieta, que juega con el inolvidable Juan de la Cabada y que siempre amerita los regaños del poeta Octavio Paz, un hombre que desde entonces (nos percatamos al leer tal libro) es un enamorado del poder, no de las mujeres.

Sorprende que muchos críticos hayan dado por fenecida la novela rural con Juan Rulfo y Pedro Páramo o que hayan cerrado la novela de la Revolución Mexicana en dos etapas que concluyen con narradores contemporáneos de Elena, pero que arrancaron sus carreras antes que ella, cuando todavía estaba por escribirse un libro fundamental que, según dice Margarita León, “aborda la experiencia del zapatismo y el mito de Zapata como parte importante del imaginario histórico y como una supervivencia cultural de una región o de un país.”

La novela de Elena es compleja y múltiple, simplemente con ver que Margarita León ha sido capaz de desentrañar muchos de sus misterios y que para ello necesitó tantas o más páginas que la escritora, es motivo de preocupación: ¿hemos leído atentamente la obra de Elena Garro? La respuesta tendría que ser negativa. Jean Paul Sartre, para analizar a Flaubert, necesitó muchos años y tanta inteligencia y cultura como el propio novelista autor de *Madame Bovary*. Del mismo modo, hay que valorar el enorme esfuerzo literario y poético de Margarita León para analizar parte significativa del mundo literario de Elena Garro.

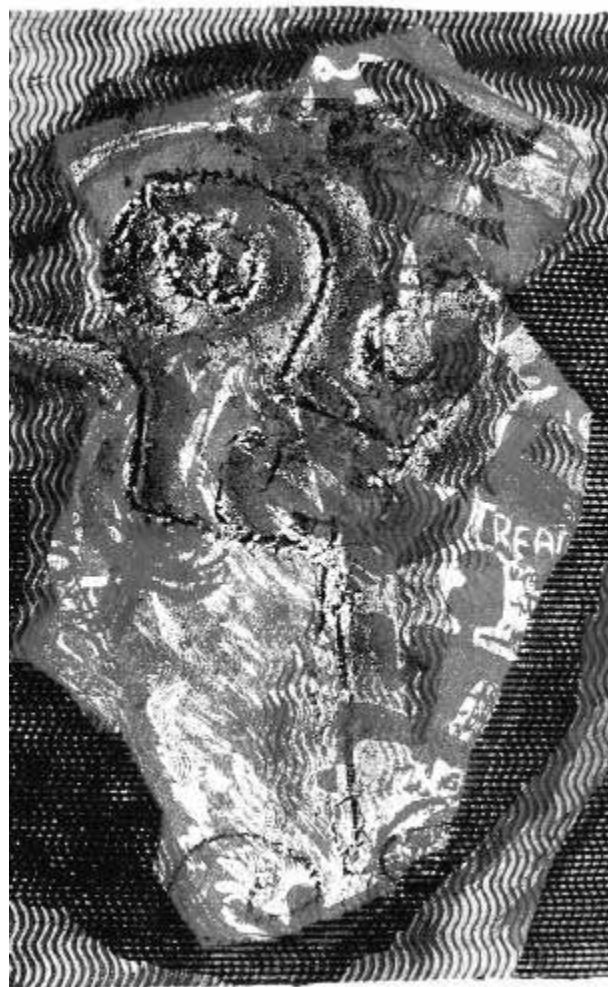
Margarita León arranca su esfuerzo crítico desde la explicación primigenia: qué es la escritura y qué es la novela, qué es la memoria, qué es el Yo en la literatura de Elena Garro, un Yo superado, más allá del Yo omnisciente, que vive en los recuerdos de los individuos y de la colectividad. Para saber qué podemos entender por novela, la investigadora recurre a Carlos Fuentes, sin duda uno de los grandes novelistas del castellano, quien

nos dice que “el proceso de escribir una novela, no consiste en describir sino en ‘descubrir’...” Las conclusiones son asimismo agudas. La novela de Elena Garro es laberíntica, múltiple en personajes, rica en estructura, magnífica en su prosa: ‘Los recuerdos del porvenir es, a cada paso, una propuesta de lectura que a su vez es una propuesta de texto ‘posible’. La historia de un pueblo que recuerda, o de un sujeto en pleno proceso de rememoración, esto es, de reconstrucción e invención, es de algún modo una invitación a experimentar la simultaneidad, la arbitrariedad y la vivencia del abismo, propios de una memoria en plena actividad.”

Pero hay un Yo colectivo, un Yo representado por la memoria del pueblo. “En efecto, dice Margarita León, y como sucede con ‘la bola’ en Los de debajo de Mariano Azuela, el tiempo de la colectividad se impone, es decir, el tiempo en el que ocurren hechos importantes que mueven a participar solidariamente a los que forman dicha colectividad, y más allá de diferencias económicas, sociales e ideológicas de una comunidad, aunque esta sea muy pequeña.” Ixtepec es –en línea recta– el espejo donde se mira la Revolución desde 1913 con la muerte de Madero, hasta el conflicto cristero, pasando por los años particularmente brutales de Carranza, Obregón y Calles. Elena, en este apasionante libro refleja esos años, esa época que permitió hazañas y tragedias, actos heroicos y acciones de cobardía y vileza. La épica revolucionaria que pasa perfectamente a la narrativa conocida como Novela de la Revolución Mexicana, bien prologada y compendiada por Antonio Castro Leal y que comprende autores extraordinarios como Azuela, Martín Luis Guzmán, Vasconcelos, Nellie Campobello, Rafael F. Muñoz, Gregorio López y Fuentes, José Rubén Romero y José Mancisidor, encuentra una fuente revitalizadora en Elena Garro. De allí, es posible hallar una suerte de tercera época, donde encontramos obras, por ejemplo, de Carlos Fuentes. Si i La región más transparente muestra la

podredumbre final, los resultados patéticos de un proceso que nació esperanzador y que muere de corrupción y en manos de la contrarrevolución, Gringo viejo es la nostalgia por aquellos que por docenas o cientos vinieron buscando la posibilidad de cambios sociales o la muerte.

La literatura mexicana tiene una profunda huella social, no importa cuánto batalló el escritor por atenuarla. De esta manera los grandes movimientos políticos encuentran en novelas y cuentos, a veces en poemas, su más lograda representación. La Reforma, tan íntimamente vinculada a la intervención francesa, queda en la obra de los literatos decimonónicos. Lo mismo ocurre, de modo más visible, con la Revolución. A la guerra cristera le ocurre lo mismo, lo que sucede es que



Margret Kohler-H

la fuerza ideológica revolucionaria la opaca, hasta hoy buscamos sus fuentes y aparecen reediciones de libros que apenas notamos o que de plano pasaron desapercibidos ante la fuerza y vitalidad de los artistas revolucionarios en pintura, música, danza y, desde luego, literatura. Finalmente las luchas estudiantiles de 1968, dejan una marca si no de gran calidad, sí al menos de un valor político. La novelística del 68, ya estudiada y clasificada por algunos, sirve para documentar la memoria histórica. “las novelas mexicanas, por su parte, explica Margarita León en su fascinante obra, han contribuido de diversas formas a reconsiderar esta etapa de la historia nacional (se refiere a la Revolución Mexicana) y a que el tema se haya ido transformando. El desarrollo de la novela mexicana en las décadas de los cuarenta, cincuenta y sesenta del siglo xx, parece responder así al continuo esfuerzo de los escritores por distanciarse del tema o tópico de la Revolución, o por lo menos de abordarlo de manera distinta. Esto los ha llevado a profundizar en los efectos de largo alcance de esta etapa de nuestra historia, no sólo en el ámbito económico y político, sino en el moral y en el psicológico.”

La literatura de Elena Garro pocas veces había sido tratada con tanta profundidad. Margarita León no sólo analiza Los recuerdos del porvenir, también estudia otras obras fundamentales de Elena como Y Matarazo... no llamó y Testimonios de Mariana. Más correctamente, se sirve de ellas para darle al lector una más amplia visión del mundo narrativo de Garro.

Me parece que el mérito del espléndido trabajo de Margarita León es múltiple y complejo, enriquecedor. Pero lo esencial es haber dado uno de los primeros pasos serios para valorar adecuadamente a Elena Garro. De esta manera confirmamos nuestras sospechas que por largo tiempo sus críticos y detractores mantuvieron ocultos: es una de las más grandes escritoras del país y en general del castellano. La intuición de Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges al incluirla en una severa

antología de literatura fantástica fue simplemente ver con agudeza la estética profunda de Elena Garro.

México carece de crítica literaria organizada, sistemática, real, juiciosa, objetiva, que vaya abordando las obras literarias conforme a criterios y métodos serios. Responde, como las antologías, a elementos de amistad, de simpatías, de enemistades. Por otro lado con mucha frecuencia aparecen los santones del arte, aquellos que nos dicen de modo autoritario (como lo hacía el PRI y ahora el PRD de López Obrador) quién vale o quién es detestable, quién es el mejor poeta y quién el mejor cuentista. Entre estos santones están Carlos Fuentes o Carlos Monsiváis, como en el pasado estuvo Octavio Paz, el caudillo cultural que no deseaba amigos sino súbditos. La crítica literaria que nos hará avanzar, saber quién es quién en las letras nacionales es aquella que salga de las aulas, la que se formó en el rigor académico y pasa a diarios y revistas a explicar los méritos o desaciertos de cada narrador o poeta, como ocurre en Europa y en Estados Unidos, lo que ayuda a la reproducción de escritores de talla. En tal tesitura se encuentra Margarita León y este libro soberbio, que se lee de un tirón, como si fuera una novela, es la mejor prueba de ello. ■

ravilesf@prodigy.net.mx

www.reneavilesfabila.com.mx



Horacio López